

"GALLITO,"
JUZGADO POR "GUERRITA,"

A Córdoba.—Anoche en el Club Guerrita.—El cortijo de Rafael.—Cuevas bajas.—Recuerdos del tiempo viejo.—Mazzantini, Fuentes, «Bombita».—La larga de «Lagartijo» y la del «Gallo».—En puntillas.—Y de «Gallito», ¿qué?—Pues de «Gallito... la mar.—«Guerrita» en pie.—«Hay que quitarse el sombrero».—La familia de «Guerrita».—Rafael en los toros.—Cuándo se cortó la trenza...—«¡Viva Córdoba!»

Cuando hace algo más de un mes entregué á los editores el original de este libro, me preguntaron:

—¿Y prólogo?

—Yo había pensado que *Gallito* le pidiese á *Guerrita* un breve juicio crítico en una carta que hubiésemos publicado autógrafa á manera de prólogo. En un libro de estos hacen, indudablemente, mejor prelación, exordio, preámbulo, isagoge, atrio, pórtico, vestibulo ó zaguán, que de todos estos y otros varios modos se dice ahora, las palabras contundentes de un torero que las frases divagatorias de un literato. Y si el torero es el mayor de todos los habidos, no digamos. Pero como *Gallito* es así y desconoce el arte del reclamo, por modestia ó por temor, se niega á pedir al Rafael cordobés la carta; de modo que, como no vaya yo á que me la dicte...

—¿Y por qué no? ¿Usted cree que *Guerrita* le dirá cosas?

—Seguramente.

—¿Es usted amigo suyo?

—No, señor; pero tengo el sombrero de mi criado. Soy periodista y sin vanagloria puedo decir que sé mi oficio de hacer hablar á las gentes.

—Pues á Córdoba.

—¡Viajeros al tren!

Me interesa referir este diálogo, porque habiendo, para satisfacción mía, coincidencia entre los juicios del gran torero acerca de *Gallito*, y otras cosas y personas del toreo y los que yo he estampado en este libro, quiero que conste, para evitar trabajo á los maliciosos, que las páginas que siguen á este prólogo estaban en poder de los editores un mes antes de salir yo para Córdoba á confesar al César del toreo. Para aquellos de mis lectores que hayan tenido la debilidad de posar su vista en algunos de mis artículos taurinos de *El Mundo*, es innecesaria esta advertencia, porque allí he consignado repetidamente opiniones que ahora he tenido el contento de saber que son las de la mayor autoridad taumática. Y si ustedes creen que decir esto es vanidad, soberbia ó autobombo, yo contesto que sí; que tienen ustedes razón y que me busquen alguien que en mi caso no hiciera lo que yo hago... salvo que no tendría la sinceridad de confesarlo.

A lo que estamos:

Aquella noche, deseando asegurarme con la amable compañía de un buen amigo de *Guerrita*, un eficaz introductor de mi embajada, le dije al cordobés Pepe Domínguez, también amigo mío y plumeador taurino las fiestas de guardar:

—¿Quiere usted venir conmigo á su pueblo á dar un vistazo á la Mezquita y charlar un rato de toros con su ídolo?

—¿A Córdoba á hablar de toros con *Guerrita*? ¿A qué hora va á ser eso?

Conque de allí á unos días nos plantamos en la patria de Séneca y Gachosito, en tan buena oportunidad que, mientras descansábamos un rato del tute del tren, aquella misma mañana partía *Guerrita* con toda su familia para su cortijo de las Cuevas.

—Si llegan ustedes á venir ayer, la aciertan—nos dijeron en el Club—. Desde las tres de la tarde hasta las doce de la noche estuvo *Guerrita* dando una conferencia de tauromaquia con explicaciones prácticas. Como si dijéramos, con proyecciones. Se har-
tó de torear, hasta hacerla vieja, con la muleta de ese trofeo.

¡Y nosotros en el tren!

A la mañana siguiente nos fuimos á las Cuevas.

El cortijo de *Guerrita* se alza sobre un cerro, atalaya de un hermoso paisaje, alegría de los ojos que no se cansan de ir, enamorados, del valle blando á la quebrada sierra cubierta de olivos y de encinas. La casa, de ladrillo rojo, de dos pisos, grande, sin pretensiones, revela sólido bienestar y comodidad. Algunas macetas en los balcones y, sobre la puerta principal, á manera de escudo de armas, una lápida de mármol blanco con esta inscripción:

CUEVAS BAJAS
QUINTA DE SAN RAFAEL
Y NUESTRA SRA. DE LOS DOLORES

SE EDIFICÓ EN EL AÑO DE 1892 POR
EL PROPIETARIO DON RAFAEL GUERRA BEJARANO
GUERRITA MATADOR DE TOROS

A tiempo que llegamos nosotros á las Cuevas, *Guerrita* desciende de un monte cercano, escopeta al hombro y la cintura orlada de conejos. Con él viene su hijo, un mozo de quince años, espigado y simpático, airosamente vestido de campo á la anda-

luza, como su padre: sombrero cordobés, chaquetilla corta, historiados zahones y pantalón y botas vaqueras.

La castiza figura del torero trae á mi memoria la cervantina y castellana de Don Diego de Miranda, aquel «hombre de chapa, de edad que mostraba ser de cincuenta años, las canas pocas, el rostro aguileño y la vista entre alegre y grave, que en el traje y la apostura daba á entender ser hombre de buenas prendas»; imaginación que se aferró más en mí cuando vi luego la casa y después de atravesar el breve zaguán, me encontré en un largo y limpiísimo pasillo cuyas paredes adornan carteles de toros, recuerdo de tardes hazañosas, que me hicieron exclamar, como á Don Quijote las tinajas tobosinas que halló al entrar en la morada de Don Diego:

¡Oh, dulces prendas por mi mal halladas...

Guerrita nos dispensó la más amable y cortés acogida. Para los que sólo saben de este hombre admirable lo que cuenta una leyenda calumniosa, que se ha complacido en pintarle como no fué nunca y creen que es Rafael un ogro que se traga á la gente cruda, aunque esté tan profusa de carnes como yo, con la misma facilidad que se comía los toros, será esta una noticia sorprendente, mas no para cuantos conocen con qué cortés llaneza practica Rafael Guerra la hospitalidad.

Sentados en cómodos sillones, junto á la chimenea del comedor, apagada en este templado día de Diciembre, con unas copas de oloroso y exquisito Montilla delante, charlamos largamente de toros. Es decir, habla él. Nosotros le oímos encantados y sólo de vez en cuando terciamos con unas palabras para tirarle de la lengua.

Nos refiere su conferencia de la víspera en el Club, que tuvo por auditorio á toda la torería y á lo más florido de la afición cordobesa, y por motivo una de las machaquísticas estocadas de *Machaquito*, y por ahí siguió haciendo desfilas, desordenadamente, recuerdos y hazañas de sus días de triunfador y juicios y apreciaciones sobre los toreros de entonces y los de ahora. Los volapiés de Luis Mazzantini, «el mejor, más bonito y más limpio ejecutor de esta suerte que él ha conocido»; los lances de Fuentes, «un torero que tiene mucho que ver»; la alegría de Enilio *Bombila*.

—Yo hice que lo llevaran á Madrid. Le había visto torear en Granada, me gustó mucho, y le dije á Bartolo: «Traiga usted á ese muchacho, que le va á agradar, y hará un tercer espada muy del gusto del público, que se colocará en seguida.» Y ya vieron ustedes si acerté. Ocho ó nueve años estuvo de temporada... Tenía otra alegría y otro aquel.

Después nos habla de la elegancia y el arte de *Lagartijo*, y la belleza del toreo del *Gallo* (padre), sus dos maestros. ¡La larga de *Lagartijo*! ¡La larga del *Gallo*!

—*Gallito* la daba en puntillas; *Lagartijo* sobre los talones. Torear en la punta de los pies es menos expuesto, porque te vas en seguida; en los talones no te puedes ir así.

El *Gallo* era una maravilla; pero amigo, *Lagartijo*... Y, sin embargo, hay ahora toreros que en cuanto oyen cuatro palmas se creen superiores á todos los habidos y por haber. El, *Guerrita*, en cierta ocasión no muy lejana, sentado con varios amigos á la mesa de un título de Castilla, en un cortijo de ésto donde se hallaban de montería, oyó á un torero hablar con cierto desdén de *Lagartijo*.

No se pudo contener y le dijo:

—Oigasté, pa tomar en la boca el nombre de ese gran torero, tienusté que enjuagársela antes con agua colonia.—Y le repitió su muletilla:—¡Pos hombre, si sólo el verle jasé er paseillo valía dinero!

—Tú no te olvidas nunca de tus tiempos ni de tu gente—tercia Domínguez.

—¿Que si me olvido? Para dentro de tres días he arreglado una cacería con la gente de mi cuadrilla: Zurito, Antonio, el Palatero... ¿Y saben ustedes lo que hacemos en estas monterías?

—Hablar de toros.

—Más que cazar. Yo les chillo como en los buenos tiempos; discutimos lances de entonces como si acabásemos de ejecutarlos, y, por unas horas, me parece vivir en aquéllas...

*
**

Así, de una en otra, vinimos á parar en la que íbamos buscando. Por temor á que *Guerrita* se negase á dictarme el juicio acerca de *Gallito*, que había ido á pedirle, convine con Domínguez en que no le diríamos á Rafael el verdadero objeto de nuestra visita hasta haberle arrancado, como quien no lo hace, su opinión sobre el hijo de su maestro. De este modo si luego, como nos habían anunciado todos esos sabios en libertad que no saben nada de estas cosas, ni de otras, *Guerrita* se negaba á hablar, yo tendría ya provisiones bastantes para no volverme de vacío.

Fiel á nuestro plan, Domínguez, en cuanto encontró ocasión, se dejó caer:

—¿Y de *Gallito*, qué te parece?

—Que es un artista.

Así: «*Que-es-un-ar-tis-ta.*»

Imagínate, lector, que sabes cómo se pusieron

conmigo los que se empeñan en que traguemos las ruedas de molino que quieren administrarnos á la fuerza, cuando yo dije el verano último: «*Gallito* es un artista», el bote que yo pegaría en mi sillón al escuchar que *Guerrita*, ¡*Guerrita!*, afirmaba lo mismo. Y aunque no sepas lo que entonces ocurrió y cómo se escandalizaron cual monjas asustadizas algunas personas, figúrate mi alegría, mi satisfacción al oír á *Guerrita*, ¡á GUERRITA! hablar así.

—Es un artista. ¡Lástima que sea á veces tan maldoso! Pero ya en esto se va corrigiendo y no es en este punto el que ha sido. Yo le he visto este año hacer muchas cosas de valiente. Y matar. Es un torero de lo que no hay.

Entonces me descubrí. Hablé á *Guerrita* de este libro y le rogué que me dictase un juicio más amplio de Rafael Gómez.

—Pues ponga usted de él todo lo bueno que usted quiera, porque eso será lo que yo pienso de este torero.

—No, no. Quiero las palabras de usted.

—Pues esas que le he dicho. Ponga usted que es un artista de lo poco que he visto. Un torero que, como salgan los toros que él se confíe, hay que quitarse el sombrero. Tiene el defecto que dije antes. Los toreros cuando empiezan se arriman, éste se arrima más ahora. Pero... Fulano que tú veas, no está tranquilo en un toro bueno; mas el *Gallo* que huye, llega su toro y está tranquilo; él no tiene facultades y está superior.

(Yo, amigo lector, voy trasladando fielmente, literalmente, con toda su pintoresca sintaxis, las palabras de *Guerrita*, sin ser osado á añadir ni á quitar una palabra, una letra, un signo.)

—A mí—continúa el coloso—me encanta el *Gallo* por todo lo que hace toreando. De los que hay aho-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FRANCISCO VILLAS
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN

ra él es el que más me gusta. Los demás me dejan mucho que desear. *Gallito* es un torero de inspiración. Con los demás ya sabes lo que vas á ver. Los ves marchar hacia el toro y cantas el golpe. *Gallito* no, con *Gallito* hay siempre la sorpresa de lo inesperado. Por eso digo yo que es un artista.

Hace quites como nadie, y nadie trae mejor estilo. Es un torero que inventa, y si hace lo que otros, lo hace con más gracia.

—Banderilleando no es tanto—digo yo.

—No, no. Trae muy buen estilo con los palos. Tiene más ángel que tóos. Yo le he visto este año, en Ecija, poner un par á un Saltillo, que es el mejor que he visto en mi vida. Estuvo media hora cuadrado.

Y *Guerrita* se levanta entusiasmado, alza los codos y junta las manos en ademán de poner un magnífico par.

—Vamos—agrega—. Es un torero que á todo lo que hace le tiene usted que decir ole... y con los otros se queda uno sentado. En esta corrida de Ecija no puede usted imaginarse cómo estuvo. Nos puso en pie á todos. Y le advierto á usted que estábamos allí muy buenos aficionados que han visto muchos toreros. Calcule usted: yo era el más joven y tengo cuarenta y nueve años...

Yo recuerdo que entonces no vi ningún telegrama noticiero de esta corrida que se acomode á esta autorizadísima versión. Después he leído, en un conocido libro, crónica del año taurino, este juicio lapidario y breve: «Su trabajo (el de *Gallito*) en esta corrida fué bueno en general.»

«Bueno.»

¡Bueno!

Sigue *Guerrita*:

—Toreando de muleta es imposible que nadie dé



"Gallito., en su despacho
La cabeza del toro es la del que toreó y mató en Ecija con tanto entusiasmo de
"Guerrita.,
(Fot. Du Bois, Sevilla.)

esos pases tan variados que el público no espera... En quites y con la muleta compite con todos los que hay y los que ha habido.

—¿No influye la amistad en estos juicios de usted?—le pregunto.

—Ya sabe usted y sabe todo el mundo que yo digo siempre la verdad de lo que siento. ¡No tengo yo fama de claro por ahí! Y en cuanto á que la amistad influya... sepa usted que no nos hablamos hace tiempo *Gallito* y yo; desde que una vez, en San Sebastián, le vi matar un toro de modo que no me gustó y le pregunté luego: «¿Por qué has matado mal ese toro que estaba tan bueno?» No me dijo entonces nada; pero se picó y no hemos vuelto á hablarnos.

—Como matador ya no se puede hablar de él tan bien.

—¡Hombre! claro que no; pero matando ha adelantado, y lo que yo le he visto este año me gusta muchísimo. Está cerca y es otro, vamos. Claro que no mata lo que torea. Matando se equivoca uno, porque entras, hace un extraño el toro y pinchas mal; pero toreando, no. El que torea debe torear bien en un toro bueno. Y el *Gallo* lo hace.



Entró en este momento en el comedor la esposa de Rafael. ¿Tengo que poner aquí un elogio de su belleza pálida y serena en la que las inquietudes de los años de lucha han dejado un leve sello de melancolía, que no ha podido borrar del todo la alegría del vivir tranquilo? La señora de Guerra es muy guapa; pero sobre su belleza quiero colocar yo, aquí, los mayores encomios para su simpatía.

—Dejen ustedes eso y vamos á comer. Rafael,

hablando de toros, está en sus glorias y no se acuerda de otra cosa.

—Siempre le queda á uno la afición—contesta él.

Viene ahora al comedor la alegría de las hijas de *Guerrita*. Primero, las mayores, dos señoritas muy distinguidas: Lola, una muchacha de las que dicen en Andalucía, como el mayor elogio, que tiene mucho ángel, y Juanita, una morena, como su hermana bella y graciosa. Detrás llegó la chiquillería: Emilia, Pilar, María Luisa, Carmen, Rosario y Pepita, seis botoncitos de rosa de Alejandría; luego Rafael.

—¿Cuántos hijos tiene usted?—pregunto á *Guerrita*.

—Nueve, y la casada diez—responde su señora—. Ahora estamos esperando que venga á pasar unos días con nosotros.

Aquí, ó unas líneas antes, conseguido el objeto de ahora, como decimos los abogados, debiera concluir esta interviú; pero es siempre tan interesante, tan actual la figura del enorme torero, que yo, peca-dor periodista, me confieso, y les pido desde aquí perdón, de haber acibillado á preguntas á aquellas señoritas tan finas, tan amables y simpáticas, y a la bondad de la señora de la casa, para inquirir un poco de la vida y modo de ser del que durante tantos años nos tuvo rendidos á la majestad de su arte único é inigualado. Supe así, por ejemplo, que el proverbial buen sentido de *Guerrita* ha sabido educar admirablemente á sus hijas con una educación cristiana y castizamente española en una sencillez de gustos, aficiones y sentimientos, realmente extraordinaria en estos tiempos de complejo psicológico femenino.

—¿No se aburren ustedes aquí?

—¿Aburrirnos? ¿Por qué? Nos gusta mucho el

campo... ¿Los bailes? Papá no ha querido nunca que vayamos á ellos, y como no hemos visto ninguno, no los podemos echar de menos. Al teatro sí, vamos bastante y nos gusta mucho.

Yo les hablo—curioso de juzgar el efecto—de las noches del Real y de la Princesa; del lujo de las *toilettes*, y lo que se me alcanza, que es bien poco, de los últimos chillidos de la moda; del brillo de aquellas salas... Todo ello les inspira un relativo interés. En cambio, quieren saber quiénes son los mejores artistas y cuáles las obras más bonitas.

—¿Y á los toros, no son ustedes aficionadas?

—¡Ay, no, no!—exclama la madre.

—Yo, sí; soy algo—dice mi vecina Lolita—. Y como vamos con papá, de oírle á él, entiendo alguna cosa.

—¿Qué hace su papá en los toros?

—Rabiar—responde Juanita.

—Y hablar por los codos—agrega Lola—dando consejos á los toreros como si le pudiesen oír.

—¿Aplaudes mucho?

—De las veces que he ido con él, sólo le he visto aplaudir dos.

—¿A quién?

—A *Zurito*.

Entonces referimos nosotros algunas de las proezas de Rafael, que oyen todos embobados; hasta la chiquillería, que deja quietos los tenedores. Se ve en todos el orgullo de ser hijos del gran artista del toreo. Y en Rafael el de haberlo sido. Por eso no reniega él de su condición y va siempre de corto.

—Hasta que me muera.

—No, papá, no—rectifica vivamente mi vecinita—. Hasta que eches joroba. Con joroba no se puede llevar chaquetilla.

Ahora pido á la esposa de Rafael noticias de sus días de inquietud y angustia. Prefiere hablar de estos de ahora, tranquilos y felices.

—¿Fué usted, verdad, quien nos lo arrebató tan prematuramente?

Sí, ella. Llevaba mucho tiempo pidiéndole que se quitase de los toros. «Si ya somos ricos, le decía, ¿para qué quieres más?» «No es el dinero—respondía él—; es que me gusta torear». Pero lo que le decidió fué el público de Bilbao. Rafael la había prometido solemnemente aquel verano retirarse: se lo había dicho también, con todo secreto, á su amigo don José Noval, que asimismo le empujaba á esta resolución; pero Dolores no las tenía todas consigo.

—Se va á retirar; ya verá usted—había dicho á la madre de Rafael.

—No lo creas, hija. Le tiene mucha afición á los toros.

—Por fortuna—continúa la esposa de *Guerrita*—, ocurrió lo de Bilbao, y cuando vino á San Sebastián, me dijo:

—Ahora es la fija. Las del Pilar son las últimas.

—¿Por qué no éstas?

—Porque si no se las torease, arruinaría al pobre Navarro—el empresario de Zaragoza, á quien aludo en otro lugar de este libro—, que espera su salvación de estas corridas.

—Entonces avisé á Noval para que estuviese preparado, y á otro amigo de Málaga, que también estaba en el secreto.

El telegrama de la corrida de despedida sí que tardó en llegar.

Y al día siguiente, la alegría. Los de la cuadrilla no lo querían creer, hasta que este, al bajar del coche en la puerta de casa, les dijo: «Ya lo sabéis; el que quiera verme cortar la trenza, que esté aquí

á las doce»... Juan Molina se incomodó mucho cuando vió que la cosa iba de veras.

—Y en el momento de cortar la trenza á Rafael, ¿qué sintió usted?

—Yo no lo sé. Tenía una alegría muy grande.

—¿Lloró usted?

—¡Ca! Estaba muy alegre; ¿no le digo á usted? La que lloró fué mamá, después que cortó la coleta á su hijo Antonio. Y yo la decía: «Pero si no es hoy día de llorar. ¿No me ve usted á mí?»

—Y Rafael, ¿no echó sus lagrimitas?

—Hablen ustedes de otra cosa—dice él.

Todavía tuvimos otro rato de charla taurina. Le leí y aprobó *Guerrita*, por encontrarlas conformes, las notas que tomé y que he transcrito literalmente, de cuanto expuso sobre *Gallito*. Hablamos de otras cosas de toros. Si yo fuese vanidoso, trasladaría aquí mucho de lo que dijo Rafael, patente del acierto de algunos juicios míos. Renunció á esta satisfacción. Me basta con saber yo que estuve acertado.

Quede aquí mi gratitud á Rafael, á su señora y á sus bellas hijas por las atenciones con que hicieron tan breves las agradables horas que pasé en las Cuevas.

Cuando arrancó el coche que nos volvió á Córdoba, *Guerrita* se quitó la gorra y nos saludó con aquel su airoso ademán, tan familiar á todos los aficionados, con que tantas tardes gloriosas correspondió á las ovaciones. Y yo, evocando el grito que vibró tantas veces en los circos, entusiasmados y enardecidos con el arte supremo del monstruo del toreo, puesto en pie y aplaudiendo, grité como entonces:

—¡Viva Córdoba! ¡Viva *Guerrita*!